

Erick J. Mota

EL COLAPSO DE LAS HABANAS  
INFINITAS



De la presente edición, 2017

- © Erick J. Mota
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Editorial Hypermedia  
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-31-7

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## LA ESTACIÓN

Después de años de letargo, La Estación despertó.

Contemplaba el tiempo en órbita alta sobre el planeta.

Estaba allí desde antes del primer Sputnik. Permaneció inmutable mientras las naves Vostok llegaban a la órbita baja, cuando las Apollo salieron a la órbita de transferencia rumbo a la Luna. Sus sensores de largo alcance percibieron las Salyut, las estaciones Almaz y la Skylab. Se mantuvo hibernando mientras llegaban satélites de comunicación, meteorológicos y espías.

Pero no fue hasta que la órbita alta comenzó a llenarse de satélites geoestacionarios que la Estación despertó por vez primera. O al menos, se despertó un poco. Su fuente de energía comenzó a alimentar los motores de mantenimiento para desplazar su posición, solo unos cientos de kilómetros más arriba, en medio de la basura cósmica. Un campo de fuerza, cuya emisión de ondas electromagnéticas era convenientemente atenuada por el cinturón Van Allen, protegía la Estación de los impactos de los viejos satélites que conseguían colisionar con ella. Y como la chatarra espacial

no es operacional, los humanos siguieron con sus vidas sin percatarse de su existencia.

Se mantuvo en el mismo punto sobre la Tierra un buen par de décadas. Aguardó, por encima de los satélites geoestacionarios de órbita alta, de los NAVSTAR y los GLONASS que prestan servicio GPS en la órbita media y de la Mir y la ISS, en la órbita baja. Monitoreaba, desde su retiro en lo profundo de la órbita cementerio, cada órbita de transferencia, cada sonda que partía lejos de la Tierra, así como cada nuevo artefacto que se ponía en órbita. Permaneció alerta, pendiente de la actividad humana, mas nunca vio comprometida su posición.

Había permanecido oculta a la humanidad gracias al hecho de estar lo suficientemente cerca como para no ser encontrada por los encargados de localizar actividad extraterrestre.

Cuando en su interior se activó el extremo final de un puente Einstein-Rosem la Estación volvió a despertar. Toda la energía de su núcleo fue dirigida a los amplificadores que convirtieron aquella mínima singularidad en un portal de paso estable. El gas noble que mantenía los equipos preservados en una atmósfera inerte fue reemplazado por una mezcla de gases con base en el nitrógeno y rica en oxígeno, muy similar a la atmósfera del planeta. La presión ascendió hasta los mil hectopascales.

Cuando las cinco personas atravesaron el umbral del puente Einstein-Rosem encontraron que el ambiente dentro de la Estación era muy similar al de la Tierra.

Las luces se encendieron apenas llegaron.

Los visitantes vestían escafandras tipo Orlán, como los cosmonautas de la vieja Unión Soviética. Apenas pusieron un pie en la Estación, los trajes espaciales co-

menzaron a pesarles tanto que todos cayeron al suelo. Por radio les llegó la voz del oficial científico de la expedición.

—Nadie intente moverse. Las escafandras fueron diseñadas para la impesantés. Al parecer aquí hay algún tipo de generador gravitatorio. Si la gravedad aquí es, como me temo, de solo de 1g. Nuestros trajes pesan ahora unos 95 kilogramos.

—¡Mierdas rusas! No sabían construir nada liviano —dijo alguien.

—Modera tu lenguaje, Zamora —dijo con voz autoritaria el jefe de la expedición—. Estos son los mejores trajes para exploración espacial que existen. Los tienen hasta en la ISS.

—Son trajes rusos de los setenta, Bacallao. Son buenos, es verdad. Posiblemente aguanten hasta bombas atómicas, pero pesan con cojones... y a mí no intentes dormirme con el cuento de las órdenes y la patria. Yo no soy ni uno de tus soldados, ni un muchachito impresionable graduado de ciencias. Sin ofender.

—No hay problema —dijo el oficial científico—. Estos trajes tienen una cosa positiva. Las mochilas de soporte vital son también esclusas de salida. En cuanto termine de analizar el ambiente les digo si podemos salir... bien, ya está. El aire y la presión son normales. Todo está tan limpio de bacterias como un laboratorio. Podemos salir.

Los expedicionarios abrieron desde dentro las esclusas de los trajes, luego de salir de las escafandras, se pusieron de pie y se estiraron. El puente Einstein-Rosem había desaparecido y solo permanecía iluminada la habitación en la cual estaban. La luz era blanquecina como las paredes sin ventanas. El lugar parecía construido de plástico, o algún otro polímero, en lugar de metal.

Cada uno llevaba una maleta hermética con equipamiento. El oficial científico comenzó a abrir el suyo. Dentro llevaba equipos de medición, una laptop, además de varias cámaras fotográficas y de video para documentar la expedición. Zamora era ingeniero y en su maleta solo llevaba una caja de herramientas bien surtida. Con todas las que el Ministerio de las Fuerzas Armadas podía pagar, y que cupieran en aquella valija de astronauta. Los soldados eran dos, uno llevaba la boina roja de las tropas especiales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Era joven, no tendría ni 20 años, y en la manga de su uniforme llevaba el símbolo que daba nombre a su cuerpo élite. Una avispa negra sobre fondo verde. El otro pertenecía a las tropas de destino especial de la Marina de Guerra Revolucionaria. Tendría unos treinta años y había pasado la mayor parte de su vida como hombre rana, haciendo inmersiones en la plataforma costera. El indicativo de su división era una boina negra. Jamás imaginó ser asignado al espacio. Era un tipo que se conformaba con poco.

Ambos abrieron sus maletines. Dentro de cada una estaban todas las piezas para armar un fusil de asalto. Era un modelo viejo de AKM con culata plegable pensado originalmente para paracaidistas. Con movimientos mecánicos asociados a años de entrenamiento en el arme y desarme de los fusiles Kalashnikov los soldados montaron sus fusiles. Tomaron los cargadores y bajaron los seguros. Luego, con la destreza que solo da la repetición, se posicionaron apuntando a la única puerta existente en la habitación.

Bacallao era igualmente un militar, pero no de las FAR, sino del Ministerio del Interior. Su uniforme era de un color verde limón que deslucía junto al camuflaje del Boina Roja y el azul oscuro del Boina Negra. Poseía grados de teniente, lo que lo convertía en el oficial con

más alto rango. Así que se comportaba como el jefe de la expedición. Comenzó a dar órdenes a todos mientras el oficial científico analizaba los resultados de sus mediciones y el ingeniero desarmaba el único panel de mandos junto a la pared. Había llegado la hora de dar el discurso que tenía planeado.

—Atiendan acá. Todos sabemos lo importante que es esta misión. Desde 1992 se han enviado siete grupos a esta Estación espacial. Ninguno ha regresado. En lo concerniente al Estado cubano, han sido dados por desertores. Por lo que sabemos de los datos de la base de rastreo de satélites en Santiago de Cuba, la Estación no ha entrado en fase operacional. Tampoco los americanos, los rusos o los chinos se han enterado de su existencia. Nuestra prioridad es averiguar qué les pasó a las expediciones anteriores y, en caso de ser posible, regresar con los traidores. ¿Entendido? ¿Cuál es el chiste, Zamora?

—Que estamos en una estación espacial, Bacallao. ¿A dónde van a ir estos desertores?

—Aún no lo sabemos...

—¿Entonces por qué afirmas categóricamente que desertaron? Si abrieron otro puente Einstein-Rosem o hallaron un transbordador alienígena y no han podido regresar es porque no han podido. Dudo que un planeta alienígena sea mejor que Cuba para que siete expediciones deserten así como así. A menos que hayan podido abrir un puente Einstein-Rosem hasta Miami, pero hasta ahora no se ha reportado nada parecido...

—¡Dejémonos de chistecitos, ingeniero! Cómo sea tenemos que averiguar lo que pasó. Esta expedición tiene que regresar. ¡Es un compromiso que tenemos con la nación!

Los militares asintieron en silencio y el científico titubeó antes de decir un cobarde «sí, compañero tenien-

te». El ingeniero hizo un gesto como si nada tuviera remedio y continuó desmontando el panel.

—Nuestro segundo objetivo es averiguar todo lo posible sobre el origen y el manejo de esta instalación. Disponemos de una hora hasta que desde Punto cuarenta activen nuevamente el portal de paso. Oficial de ciencias, repórtese.

El oficial de ciencias era joven y parecía haber usado espejuelos desde la escuela primaria. Habló en un hilo de voz, como si estuviera en medio de un interrogatorio. Esta actitud generalmente ponía incómodos a sus interlocutores. Pero en el teniente Bacallao surtía un efecto diferente. Como oficial del MININT estaba acostumbrado a interrogar personas. En su vida era frecuente que el poder estuviera del lado de su uniforme por lo que le agradaba que los demás se comportaran como si estuviesen aterrados. Tal vez por esa misma causa era que lo irritaba el indiferente Zamora.

—Bueno, hasta ahora todo es tan normal como si estuviéramos en una estación espacial humana como la ISS o la Tiangong —comenzó a decir el oficial de ciencias mientras se aclaraba la garganta—. Salvo por el asunto de la gravedad. He hecho algunos experimentos rápidos y he determinado que aquí la aceleración de la gravedad es igual a la Tierra en su superficie. El aire es una mezcla de gases y rica en oxígeno pero a diferencia de las atmósferas en las naves espaciales esta...

—¡Al grano, científico, al grano!

—Quiero decir que estamos aquí como si estuviéramos en la Tierra. Nadie podría notar la diferencia. Algo así requiere mucha energía y una tecnología imposible para la humanidad en este momento.

—Magnífico. Nos concentraremos en encontrar ese generador de gravedades. Nuestro país ha pasado años

y años de sacrificio. Hemos tenido que ceder terreno ante la economía del enemigo tras la caída de la Unión Soviética. Pero ahora la balanza cambiará. Con un generador de gravedad artificial, Cuba será finalmente una potencia a nivel mundial. Sargento, proceda.

Los soldados de tropas especiales abrieron la puerta y entraron en la habitación contigua. Las luces se fueron encendiendo a su paso. Cuando desaparecieron de la vista, Bacallao se acercó al Zamora en silencio. Este ya estaba montando nuevamente el panel de control del portal de paso.

—¡Óyeme bien lo que te voy a decir, Zamora! Me importa un carajo que seas un experto en tecnología alienígena. ¡Esta incursión la comando yo, y no voy a permitir ningún tipo de disidencia, ni de líderes negativos, ni...!

—¿Y qué me vas a hacer, Bacallao? ¿Meterme preso, darme un tiro? Tú no tienes cojones para eso. Estamos muy lejos de Cuba, y de toda la Tierra, como para preocuparme por lo que puedas hacerme. Aquí solo estamos tú y yo, como en la secundaria. ¿O es que ya olvidaste quién te salvaba de las palizas en la escuela? Así que hazme un favor. Deja de dar órdenes y vamos a ponernos a trabajar antes que te sienta de un piñazo. Y ni se te ocurra usar a tus soldaditos con las AK en mi contra, que yo sí que no creo en tropas especiales, ni un cojón —ante el silencio de Bacallao Zamora pareció relajarse. Respiró hondo y comenzó a hablar pausadamente, como si se tratara de otra persona—. Mi reporte. Acorde a mi examen, no se abrirá otro portal de paso hasta dentro de una hora. Existe algo muy semejante a un mecanismo de relojería. Es diferente pero funciona igual y es totalmente analógico. No hay margen de errores o fallas de energía. El portal se abrirá como es-

taba previsto. Enlazará la base de Punto cuarenta con la estación. Y, al parecer, ha sido así las siete veces anteriores. Dos puentes Einstein-Rosem separados con una hora de diferencia entre ellos. Siete pares de puentes en veinte años. Nada antes de 1992.

—¿Cómo sabes eso?

—El sistema es extremadamente simple, guarda memoria. Es un ingenio tecnológico tan sofisticado como sencillo. Bello en su diseño y totalmente funcional. En una palabra, los Ingenieros que lo construyeron estaban fuera de liga.

—El misterio ahora es saber por qué razón los siete grupos anteriores no regresaron por el agujero de gusano —dijo el oficial científico—. Los niveles de dióxido de carbono son normales. Como si nadie hubiera respirado aquí dentro en años. Incluso esta atmósfera parece nueva. Si esas treinta y cinco personas desertaron, ¿dónde están ahora?

—Encontrarles nuestra tarea ahora, compañero —dijo Bacallao.

—Todo despejado, compañero teniente —dijo el Boina Negra que llegó con su arma apuntando al piso—. Este lugar posee al menos tres pisos y dos compartimentos gemelos, al parecer para alojar tripulación. Hay dos escaleras, una en babor que asciende y otra en estribor que desciende. No hay consolas, mandos o botones que indiquen que el compartimento de mando se encuentre en este nivel. En la esclusa más amplia parece ser que las expediciones anteriores montaron sus campamentos. Todo su material de trabajo se encuentra allí.

—Quiero ver eso —dijo el oficial de ciencias.

—Vamos todos —ordenó Bacallao y Zamora siguió al grupo llevando a rastras su maleta de herramientas.

## PUNTO CUARENTA

Por alguna extraña razón Ana María recordó una canción de Silvio Rodríguez apenas vio la luz del sol sobre la cordillera del Escambray. En realidad pensaba que allí todo era mucho más brillante que en la Habana, Matanzas o cualquiera de las ciudades por las que habían pasado hasta llegar al lejano Santi Spiritus. La atmósfera infinitamente más limpia le hizo recordar la entrevista para aquel trabajo tan estrafalario, y automáticamente recordó aquella canción.

Fue en su época de pre-universitario que la escuchó por primera vez, aunque después supo que era más vieja. Aún no caía el Muro de Berlín y sus profesores creían en el Hombre Nuevo. Sin embargo, cuando la escuchaba rara era la vez que no la invadiera una ola de nostalgia. Se sentía eufórica, rodeada de un aire de otra época. Una época anterior a ella. Una en que la cual las personas creían que podían cambiar el mundo. Más allá del marxismo y esas cosas.

Estuvo tentada de buscarla en su iPod y escucharla una vez más. Pero ya estaban cerca de la unidad militar y

no quería que la sorprendiera la revisión en medio de la canción. Aún se sentía rara trabajando como civil en las FAR. Para ella las Fuerzas Armadas Revolucionarias no era mejor que cualquier otro ejército del mundo. Tenía tres hermanos menores y sabía de las bajezas humanas que se desatan en lugares donde un grado militar hace que otros tengan que saludarte y reverenciarte. Había sido clara en su contrato. «Nada de uniformes, nada de disciplina militar» al final tuvieron que contratarla. No tenían a nadie mejor. No existía nadie mejor.

La guagua llegó a lo que parecía un campamento de estudiantes en «la escuela al campo». Otro de los inventos de la Revolución que tuvo que sufrir su generación. Conceptualmente pretendía relacionar el trabajo agrícola con el estudio para convertir a las futuras generaciones en proletarios ilustrados, o algo así. En la práctica, montones de adolescentes se pasaban 45 o 30 días en un albergue rústico haciendo un trabajo que no querían durante el día y tratando de tener sexo en la noche.

Aquella unidad militar le recordaba su último campamento de la escuela al campo. Los albergues, en este caso eran cuarteles, eran de ladrillo mal resonado pintado toscamente con cal, los techos eran de *fibrocem* como las paradas de los autobuses en la Habana y el piso era de cemento pulido. Una patética caseta hacía función de garita mientras una barra de acero mal soldada a un contrapeso hacía de barrera a la entrada. Encima de la garita un cartel rezaba:

UM 3240

Las siglas eran el acrónimo que se usa en Cuba para Unidad Militar. El número no le decía nada. Pero por

experiencias con sus hermanos generalmente el enclave era conocido por sus últimos dígitos. Tuvo un hermano en la UM 1950 que todos llamaban «la cincuenta». Aunque algunas tenían nombres propios muy pintorescos. Como era el caso del regimiento de tanques de San Antonio, UM 1270. Lugar donde sirvió su otro hermano y era conocido como «Vaca Muerta». Nombre del que nunca entendió su origen.

Esta unidad militar no era la excepción. Era conocida como «Punto cuarenta». Y no precisamente porque distara cuarenta kilómetros del famoso «Punto cero» donde según los rumores residía Fidel.

El ómnibus parquéo en una pequeña explanada junto a una desgarrada bandera cubana. Todo el personal civil y militar se bajó. El sol estaba alto, como suele ser en el trópico a media tarde, y los militares no parecían tener calor dentro de sus camisas verde oliva con mangas largas. Pronto un oficial con el uniforme de diario, carmelita de mangas cortas en lugar de verde oliva, se le acercó. Pudo ver cuatro estrellas pequeñas en su charretera. Con un hermano movilizado en 1992 y otro en 1995 Ana María sabía que en un momento de los años noventa el sistema de grados había sido sustituido. El sistema soviético de estrellas había sido cambiado por el de rallas semejante al ejército norteamericano usado por las fuerzas armadas en los primeros días del ministerio de las FAR. Que aquel hombre aún usara el sistema ruso indicaba cuan desconectada del mundo estaba el punto cuarenta.

—¿Ana María Salas?

—La misma.

—Bienvenida a punto 40. Puede llamarme teniente Martínez. La llevaré a nuestras instalaciones.

—Pensé que las instalaciones eran estas —dijo señalando los cuarteles.

—Esto es solo la tapadera. Tratamos que luciera como una unidad militar menor de la retaguardia del ejército central. Nuestras verdaderas instalaciones están bajo tierra.

Entraron a un cuartel donde unas escaleras entraban en la tierra como si fuese un refugio contra bombardeos. Ante la escalera dos oficiales con boinas rojas aguardaban. Ana no había visto tropas especiales en la unidad. De hecho no era común que hubiera «boinas» en una unidad de las FAR. Normalmente las tropas regulares y las especiales se llevan como perros y gatos.

—Señorita, debe dejar todos los equipos electrónicos aquí —dijo uno de los boinas rojas.

—¿Electrónicos?

—Computadoras, teléfonos celulares, cámaras —dijo el otro—. Cualquier mecanismo electrónico.

—¿Y en qué afecta eso la seguridad de las instalaciones?

—En nada —dijo el teniente Martínez— pero el puente Einstein-Rosem termina destruyendo casi todo lo electrónico que no está dentro de una jaula de Faraday en veinte metros a la redonda. Y nuestras instalaciones subterráneas no son tan grandes.

Ana colocó el iPod sobre la mesa y bajó la escalera.

*Podría haber traído un arma oculta y ni siquiera me registraron. Pensó. Que seguridad más rara se preocupan más porque no entre un mecanismo eléctrico que por si tengo un arma.*

La escalera terminó en un pasillo mal iluminado con las paredes forradas en madera. Al final de este hubo de pasar por un detector de metales semejante a los que

usan en los aeropuertos. Uniformados del MININT la sometieron a un registro riguroso antes de entrar en la instalación. Al rebasar los controles una cavidad abovedada se abrió ante sus ojos. Había sido excavada en la roca caliza y la superficie era blanca y pulida. Los militares habían llenado el lugar de grupos electrógenos forrados en malla metálica que alimentaban unos bombillos tan potentes como los de un estadio. En el centro había una plataforma que pese al tráfico de personal de un lado a otro permanecía despejada.

—Así que esta es la Cavidad —dijo Ana María.

—La misma. Excavada hace mil trescientos años según las dataciones de los soviéticos.

—No puedo creer que dejaran esto atrás. Todo un generador de agujeros de gusano...

—Por aquí les llamamos puente Einstein-Rosem. Algunos preferimos el nombre verdadero y no la parafernalia comercial a lo Stephen Hawking. Por otra parte ¿Qué iban a hacer? En el 92 se quedaron sin país y estaban a 9550 kilómetros de casa. El proyecto era tan secreto que aún hoy nadie en el Kremlin ha preguntado por esta instalación.

—Los encargados deben haber terminado vendiendo sus medallas en las calles de Moscú en los noventa.

—En el mejor de los casos. Venga, le presentaré al jefe del grupo de los físicos.

En ese momento una sirena sonó y varios operadores corrieron de un lado a otro. Una voz como de aeropuerto comenzó a repetir: Viajeros entrando, puente Einstein-Rosem activo. Una luz intensa apareció en la plataforma central. Ana pudo ver como la mayoría de los operadores y soldados con uniforme de tropas especiales tenían lentes de protección con cristales muy

oscuros. También se percató que los uniformados de camuflaje y boinas rojas apuntaban con sus fusiles a la plataforma. Un zumbido llenó la cavidad.

—Mejor será que no mire, señorita —dijo el teniente Martínez—. Podría herir su retina.

—Leí el informe —dijo cubriéndose los ojos con la mano.

Cuando luz y zumbido terminaron un grupo de cinco personas, tres de overol verde y dos militares con ropa de campaña estaban en la plataforma. Los operadores siguieron mirando sus computadoras forradas en redecillas de metal, los técnicos siguieron yendo de un lado para otro y los boinas rojas se colgaron los fusiles al hombro y continuaron sin hacer nada.

—¿Para qué las redes de metal?

—El puente funciona como un pulso electromagnético. Todos los equipos deben estar dentro de una jaula de Faraday.

—Recuerdo que me lo dijo antes... discúlpeme, es que nunca fui buena en Física.

—Es una ley del electromagnetismo que asegura que el campo eléctrico dentro de una cavidad siempre es cero. O sea, ante campos eléctricos externos si se forra con metal todo dentro estará bien aunque explote una bomba atómica.

—Y no importa que sea una red con huecos.

—A los efectos de las leyes del electromagnetismo no.

—Vaya con la Física —de momento se sintió muy avergonzada. Ella era una profesional graduada en la Universidad de la Habana. Aunque no fuera de ciencias su ignorancia la ruborizó—. Imagino que debe sentirse un tanto raro teniendo que dar una explicación tan básica. Es que soy graduada de Historia y no de Física. Y la verdad es que en el preuniversitario la detestaba.

—No se preocupe. La mayor parte de las personas que van para la estación son sociólogos, historiadores o artistas plásticos.

—¿Artistas?

—Sí. Se sorprenderá de la función que desempeñan allá arriba.

Un grupo de hombres con batas blancas se detuvo a hablar con dos de los hombres de overol al pie de la plataforma. El teniente llevó a Ana precisamente hacia ellos. Entonces vio la figura alta y de espejuelos que hablaba con el militar de overol. Reconocería aquel rostro aunque envejeciera mil años.

—Señorita, le presento al doctor en ciencias Manuel Hoffman. El jefe de nuestro departamento de Física.

—Sí, ya nos conocemos.

—¿Ana? ¿En verdad eres tú?

Y acto seguido se abrazaron.

Como en los viejos tiempos. Tal y como lo recordaba.

Exactamente como imaginó que se sentiría al volver a verle.

# ÍNDICE

La Estación	7
Punto cuarenta	15
La octava expedición	22
La Cavidad	27
El motor cuántico	33
Los operadores	37
Bucarest, 2013	45
Familia de autovectores= Ruinahabana.	
Autovalor 0034	50
Mundos Prohibidos.	
Familia de autovectores= HabanasinFidel.	
Autovalor 1730	57
Mundos Prohibidos.	
Familia de autovectores= Tierradevastada.	
Autovalor 2057.	64
La Falla	71
Familia de autovectores = Havanainglesa.	
Autovalor 0098	77
Mundos Prohibidos.	
Familia de autovectores= Utopíasocialistas.	
Autovalor 6790	85
La inspección del Nivel Central	90
Mundos Prohibidos.	94

Familia de autovectores= Mundosdelché. Autovalor 0002. Espín: <i>up</i> . Mundos Prohibidos.	94
Familia de autovectores= Periodoespecial. Autovalor 7944 Fragmentos de la bitácora de la octava expedición Mundos Prohibidos.	98 102
Familia de autovectores= Tierradevastada. Autovalor 0667. Espín: <i>down</i> El regreso a casa Los Soñadores Mundos Prohibidos.	105 111 114
Familia de autovectores= Periodoespecial. Autovalor 0017	119

